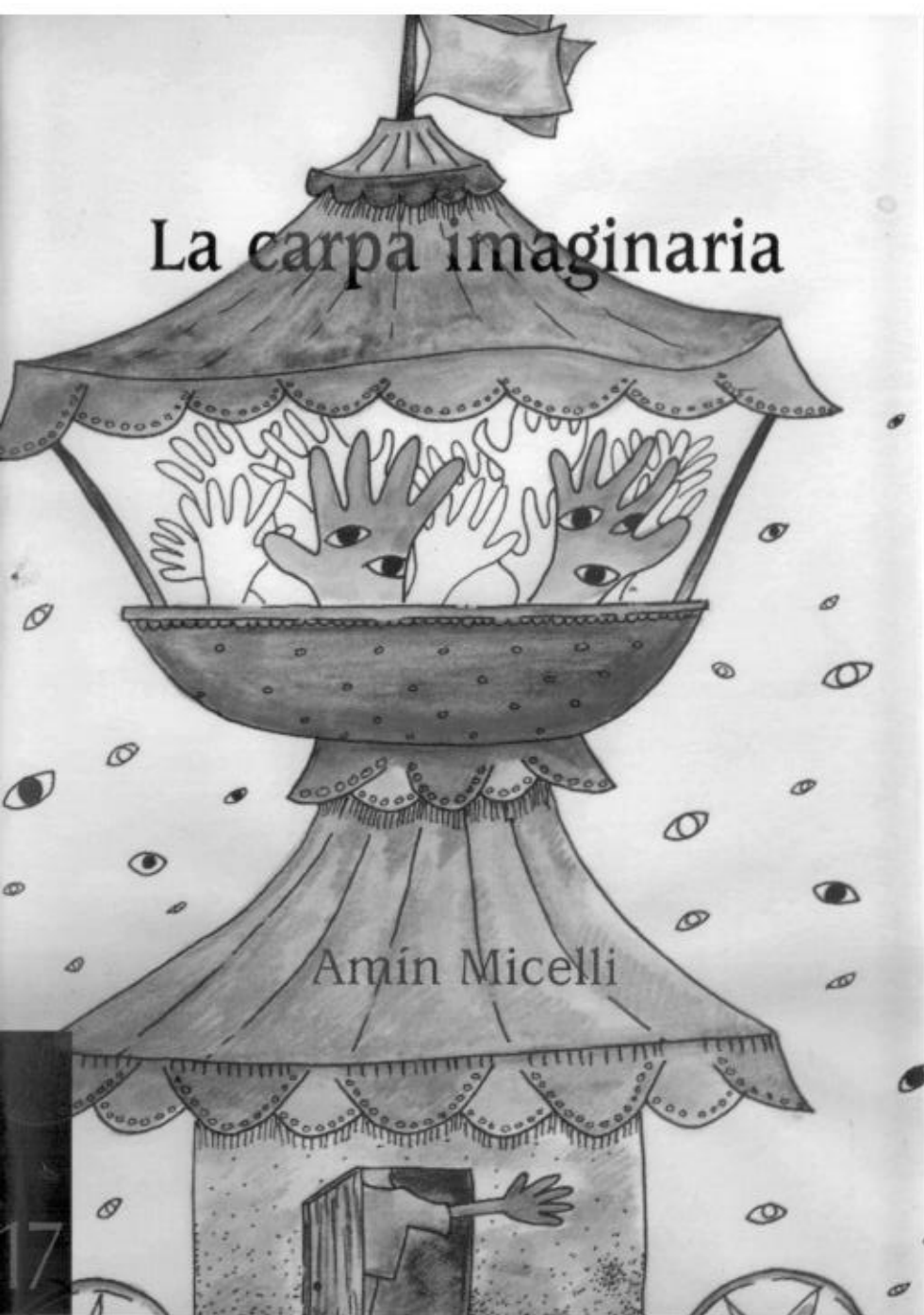


La carpa imaginaria

Amín Micelli



CONFLUENCIA



Amín Miceli

Ocozacoautla de Espinosa, 1960

Sociólogo de formación, realizó estudios de maestría y doctorado en Filosofía y en Ciencias de la Conducta. Narrador y poeta, además de docente e investigador. Entre sus publicaciones destacan *Alteraciones conductuales en una sociedad en transición*, *Tierra de nadie*, *Carremente*, *Palabra de tiempo*, *Cinco gotas de sangre y Shalo*. Asimismo, ha sido antólogo en *Árbol de muchos pajaros*, *Los poetas chiapanecos a partir de Rodolfo Figueroa*. Actualmente es director académico de la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas.

LA CARPA IMAGINARIA



Lic. Juan Sabines Guerrero
GOBERNADOR DEL ESTADO DE CHIAPAS

Lic. Marvin Lorena Arriaga Córdova
DIRECTORA GENERAL DEL CONECULTA

Prof. Carlos Román García
COORDINADOR OPERATIVO TÉCNICO

Óscar Wong
DIRECTOR DE PUBLICACIONES

Amín Micelli

CH
863.44M
M619
CZ94

Micelli, Amín
La carpa imaginaria / Amín Micelli ; ilustraciones de Ramiro
Jiménez Chacón. — Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, México : Consejo
Estatal para las Culturas y las Artes de Chiapas, 2010.
65 p. : il. : 21 cm. — (Colección Hechos en Palabras. Serie
Confluencia : 17)
ISBN 978-970-697-269-9

1. NOVELA MEXICANA I. Jiménez Chacón, Ramiro, il.

ILUSTRACIONES DE INTINGIRIS, DE RAMIRO JIMÉNEZ CHACÓN.

● AMÍN MICELLI

D.R. ● 2010 Consejo Estatal para las Culturas
y las Artes de Chiapas, Boulevard Ángel
Albino Corzo 2151, Fracc. San Roque, Tuxtla
Gutiérrez, Chiapas, C.P. 29040.

publicaciones@conecultachiapas.gob.mx

ISBN: 978-970-697-269-9
HECHO EN MÉXICO

LA CARPA IMAGINARIA

CONSEJO ESTATAL PARA LAS CULTURAS Y LAS ARTES DE CHIAPAS

2 0 1 0

1940

1941

1942

1943

1944

1945

1946

1947

1948

1949

1950

1951

1952

1953

ALFONSO RAMÍREZ

Para mis hijos:
Manuel, Amín Andrés y Fatima.

I

EL CIRCO DESPERTÓ CON LA algarabía de sus amigos. Llegó a sus oídos el bullicio de pequeñas voces alebrezadas. Ellos escuchaban alrededor de la hornilla del viejo fogón *Las mil y una noche* de Thelma, mientras saboreaban el café en tazones de peltre meliados por el tiempo.

Sin pensar más se incorporó, corrió con sus laganas y el cabello alborotado hacia la cocina para integrarse a la comparsa. Ahí se deleitaban gustosos con los relatos de la mujer expresiva, de profundos ojos negros, botérica, con la sien cubierta por el manto de sus recuerdos, mientras sus manos acercaban las paradas de hojas de plátano al fuego lento de su memoria hecha palabra.

Al ver a Pedro, los rostros infantiles se iluminaron de alegría. A gritos casi atropellados anunciaban la llegada de los carros multicolores con elefantes y leones cautivos, domadores, dromedarios, chimpancés y los dueños del trapezillo que jugarían al equilibrio de la vida.

Paco acercó a sus labios la boquilla de la trompeta para desgarrar los sonidos templados de sus manos, y todos lo siguieron para dar inicio al desfile espectacular.

Surgió la creación de los primeros años: los pantalones arremangados hasta las rodillas con sus tirantes añadidos; los cabellos parados de tantas rascadas interminables al compás de sus pasos rítmicos, marcados por la ilusión y la magia de sentirse personajes de su propia fantasía.

Dos pedazos de escoba se convirtieron en el hombre de los zancos. Ricardo pudo ver desde las alturas la pequeña grandeza de su mundo.

Del rímero de leños salió la bastonera gritando:
—¡Vamos todos!

—¡Vamos todos a la fiesta de arlequines!
Con singular feminidad, movía entre sus dedos el va-

vén rítmico de la vara pendular.

—¡Es María! ¡Es María! —gritaban todos. Ella afinaba su sonrisa de luna tierna con coquetería.

¡Plas! ¡Plas!, sonaron los platillos de lata. Pedro, totalmente despierto, animó el recorrido de los imitadores.

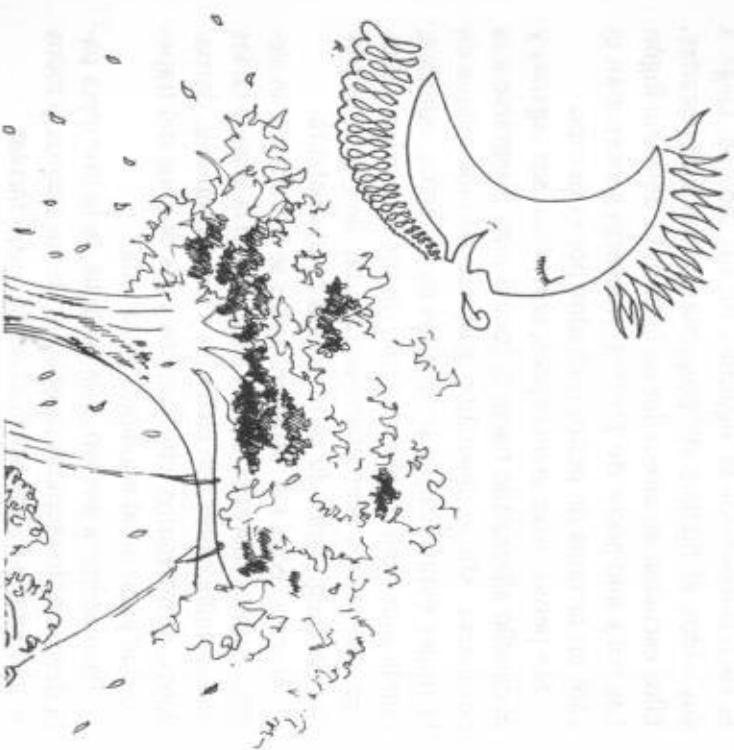
Allá iban los ilusionistas con sus rostros sucios, los pies pelones, vestiduras zurcidas y esos ojos vivaces más allá de la pobreza y de privilegios distantes.

El alboroto surgió en un instante. Fue precisa la voz dominante de Thelma para desviar el desfile al patio de los tamarindos. Dio inicio el espectáculo. Ella, envuelta en sus sabores y olores a chipilín, hierba santa y toropinto, vendimias de la noche, se olvidó de la carpa imaginaria. Los árboles frondosos sacudían sus gajos dejando caer sus hojas, mientras Ricardo y Juan se columpiaban de rama en rama. Intrépidos saltarines, acróbatas de la orilla del pueblo.

La voz expresiva de Paco narraba el salto de la muerte, añoranza de los hermanos Aiyde con su carpa de sueños esparcida por el mundo.

Luego la bailarina del bastón, de falda a cuadros y cadencia en mano.

Los payasos de mejillas pintadas de púrpura bugambilla se mezclaban con sus sonrisas en la mañana fría, incierta.



Los niños, imitadores de leones, changos, elefantes amaestrados, dromedarios, perrios e hipopótamos, se dejaban dominar por Pedro con su látigo del terror. Comenzó el éxtasis de la función.

*

A lo lejos, en la plaza de los burros, se escuchaban los martillos que hacían cimbrar la tierra.

Los arreadores de caballos y otras bestias de la plazaleta rural, encabezados por Justino, enterraban las cuñas a la redonda del asta central, mientras otros aliñaban los burros viejos para alimentar a los leones.

El agua en hombros de los niños, desde el vertiente de la existencia era transportada a las gargantas sedientas de los dromedarios.

Los trapevistas sacudían sus capas y bordaban de lentejuelas las hebras del peligro.

El látigo del domador era afinado por su ejecutante y los trabajadores del circo realizaban tareas diversas para la instalación, completando así la primera fanfarria. Por la noche acompañarían a los payasos y mujeres hermosas.

El viejo gordo de la empresa aprovechaba para que sus lonjas tomaran el sol en su silla replegada, mientras la dama rubia de buen ver le daba masajes al compás del plosf, plosf con sus cremas aromáticas.

Los avaros del impuesto municipal se acercaban a la fiesta del circo prestos a cobrar el área de las risas, a tiempo que los hombres de la luz colgaban sus cables a la fuente luminaria, mientras los técnicos rodantes esperaban el momento oportuno para llenar de luces y lámparas espectaculares el escenario de las emociones.

*

El pequeño animal saltaba el círculo de fuego muy cerca de la euforia de María, quien imitaba a la niña de los perros entrenados.

Estaba en el aire la imaginación circense. Las cajas adornadas salían a recorrer el camino de los aplausos, tiradas por invisibles corceles.

El mago era el hazmerreír del bombín: no el conejo, ni las palomas mensajeras, era el hombre del bigote alacranado que saltaba de las manos de los infantes, a carcajadas sueltas de ángeles liberados, por instantes, de la miseria.

—¡Ya llegó! ¡Ya está aquí!

—¡El circo que viene a divertirl! Véalo en sólo dos funciones

—¡La contorsionista de elasticidad increíble!

—¡El peligro de las alturas!

—¡Las barbas de la mujer misterio!

—¡Los émulos enanos de los espejos tristes!

—¡Y las fosforescentes muñecas y palabras en ráfaga de locura!

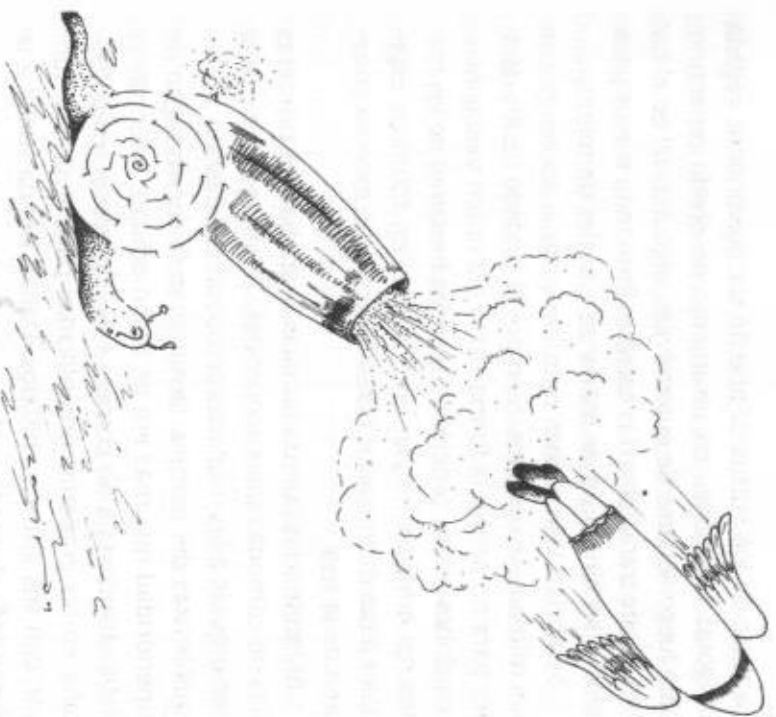
El desfile de algarabía y la función continuaban una y otra vez. Se repetían cuantas veces era necesario para calmar los ánimos hechos realidad en la mente de los pequeños gigantes.

Ya entrada la tarde, el rostro sucio de la miseria se asomaba por las rendijas del rejado en las casas de bajareque. Buscaban al duendecillo milagroso, ahí donde es imposi-

ble arrancar de los bolsillos vacíos unas cuantas monedas para poder acceder a la función de los circenses verdaderos.

—Al menos dame permiso para escurrirme debajo de las lonas —le suplicaba Juan a su padre. Éste callaba la menor respuesta. Su pobreza le hacía mastigar de rabia e impotencia, recordaba qué lejos estaba de poder satisfacer el mundo mágico de su crío. Se hacía el desentendido y permitía la fuga repentina de Juan, quien apenas entrada la noche, ya en la ronda de los niños del barrio, era un merolico cuando descubrió a los hipopótamos y elefantes. Narraba los mínimos detalles de tan extraños animales: hacía de sus vidas algo muy cercano a la suya. No se perdía uno sólo de sus movimientos. Realmente a Juan le brotaba en la piel su vocación circense.

Los más pequeños del barrio dormían cansados: soñaban la próxima función del circo imaginario, con sus respiros flautulentos en algún rincón de las chozas olvidadas. Muy cerca de la realidad.



al colarse debajo de las lonas, o se ingeniaban toda suerte de trampas para lograr el objetivo: gritar al ritmo de las ilusiones peligrosas. Ya en las graderías, los adultos les hacían espacios para que soltaran los hilos invisibles de la imaginación. Pero llegaban los malévolos dulceros y payasos de pies gigantes a sacarlos colgados del cuello, de las mangas o a empujones, sin importar las lágrimas, los golpes propinados o la humillación de los tiernos rostros al descubrir la desigualdad abismal entre los niños de enfrente y la miseria de su existencia.

Desde entonces, para los pequeños de pantalones guangos y tirantes improvisados, hoy adultos, los payasos son desagradables, repugnantes. Detrás del juego de las máscaras siempre esconden al hombre oscuro que llevan dentro. Se pintaban para los otros, los exquisitos, los muñecos del pueblo. Nosotros sólo servíamos para humedecer las pistas cada mañana.

¡Qué horror! Paulino, casi niño, casi animal, intentó colarse debajo de la jaula de los leones. Todo iba bien hasta llegar a la cortina corrediza, cortina del infierno, dolor de sus dedos sangrantes. El payaso más alto y gracioso de la carpa sustrajo su furia reprimida: hecho un energúmeno jaló la pequeña mano con violencia descomunal que hizo tronar sus huesos. Sin piedad lo arrojó al suelo. No conforme, ya en el exterior, lo azotó como a un perro.

Bastó y sobró para que también cambiara mi apreciación. Me repugnan, son como ratas peludas, culebras que cambian de piel... El psicólogo le llama fobia. Yo digo que es el síndrome del niño maltratado, de la tristeza infantil reprimida.

He de contarles que mi abuela después de mucho tiempo, preocupada por mi miedo a estos personajes iluso-

rios, ella a quien tanto admiraba, me interrogó severamente para salir de duda y calmar su asombro ante mis reacciones. Me sentía inadaptado ante la alegría que provocaban a otros. No satisfecha con mi respuesta, llena de cochambres la cabeza, me llevó a consultar a su compadre Minito, el único médico del pueblo, para que éste le explicara sus dudas y sus temores.

Después de revisar la timidez de mi cuerpo, estirar mi pene de arriba hacia abajo, abrirme los pequeños dobleces del principio y final del universo, tocarme más aquí y más allá; preguntarme las causas de mi rechazo a algo tan cotidiano y querido por los niños, expuso su diagnóstico:

—Déjese de pendejadas comadre —le dijo el hombre malhablado, aunque la abuela no se quedaba atrás en esto del buen lenguaje—. Este chamaco lo que tiene es coraje. Coraje mudo, comadre.

A partir de esa fecha la abuela ya no volvió a insistir y se le hizo fácil comprender que no son del gusto de todos las caras pintadas.

Apurado como andaba en la entrega de los tamales, Pedro no tenía tiempo de acercarse a levantar la lona de la carpa; es más, él no necesitaba de estas argucias: los artistas del circo le cobraban rápido aprecio. Su corta edad, la habilidad para las ventas, su frescura y amabilidad eran, por supuesto, virtudes suficientes para ver el espectáculo completo en primera fila y sin pagar un centavo. Pero la cruda realidad no se lo permitía, en la cúspide de la función le tocaba entregar las bolsas humeantes de hojas de milpa y plátano; así ayudaba a su madre a ganarse unas cuantas monedas durante la estancia de esos seres especiales que traían al pueblo un poco de esperanza, dos o tres veces al año; después venían tiempos de más po-

breza. Pero eso sí, el oído lo tenía bien aguzado para grabarse el espectáculo completo.

Al día siguiente repetía la función imaginaria con sus personajes novedosos:

—Y salta a la pista el hombre bata con sus luces multicolores. Desde el cañón de los atrevidos volará a una distancia de diez metros entre la vida y la muerte hasta llegar a la red. Silencio, por favor, son segundos de alta peligrosidad para el ejecutante. Silencio. Se apagan las luces.

¡Boom! Y el intrépido personaje vuela a la velocidad de un auto entre el humo de la pólvora y los destellos radiantes. Y ahí está, meciéndose en la red, saludando a su público, que por un momento ha presenciado el suspenso más estremecedor.

Aplausos y más aplausos para despedir al conquistador del espacio.

*

—Y quién es el chico más chico de la plebe.

—Yo soy el más chico de los chicos de la plebe.

—Y cómo te llamas, chico más chico de la plebe.

—Pues el chico más chico de la plebe.

—Toma zonzo (¡plasi!), a ver si así te avivas.

—No me pegues payasón, si yo no hice nada.

—Pues dime de una vez por todas cómo te llamas, semejante tarugo.

—Yo no me llamo tarugo, sólo soy el pequeño quintrín de tu hermana Blanca Nieves.

*

—¡Ah ah ay! —a una sola voz se escuchó la exclamación del público, cuando los hombres del trapecio realizaron el salto mortal; mientras, el maestro de ceremonias pedía silencio absoluto, al redoblar de los tambores. Los trapecistas jugaban con el peligro, mientras Lichita y Salustria, desde las galerías, se comían las uñas, se frotaban las manos y sudaban en abundancia en espera del momento trágico. Nunca llegó.

*

*

Luego el dormador con su látigo torturaba a los leones para que atravesaran el círculo de fuego.

Con su barba cerrada mostraba al público sus dotes masculinas. Era la mujer de pantalón rojo y saco de lentejuelas, quien iniciaba su espectáculo con una fuerza descomunal que hacía temblar la carpa al mover la plataforma de los elefantes, levantar costales de arena, movía lo que tenía enfrente y, para terminar, se convertía en la mujer más dócil nunca antes vista. Con singular femineidad se doblaba como muñeca de trapo para ser acomodada en el baúl de sus tristezas.

*

El oído de Pedro, durante las dos funciones, se convirtió en receptor eficaz. Para él no era necesario ver el espectáculo, su imaginación crecía con mucha agilidad, a diferencia de los artistas, quienes realizaban los actos por rutina. Al terminar la vendimia de los tamales, el repertorio del circo imaginario ya estaba completo para su próxima presentación.

*

—¡Y salta la bella de rubios cabellos!

Con asombrosa elasticidad Gloria saltaba la cuerda en puntillas con rapidez, para no dar tiempo al desafloje del mecate encerrado que por las tardes servía para apersogar a la mula chiana del padre de Paco. Gloria corría en un ir y venir, concentrada, mientras sus compañeros la seguían de cerca, prestos a sostenerla entre manos y brazos cuando diera el ranazo. Con gran propiedad la niña se manejaba en el aire. Era la niña del aire, dotada para controlar las alturas con el respiro, el equilibrio que viene del estómago y la vista. Parecía protegida por un ángel, su ángel guardián. A ella no le importaban las uñas sucias de sus pies ni el carníson roído, para sentirse toda una estrella del circo, despertar a la imaginación y volar como una pequeña mariposa. Paco, con su altavoz construido de vacías latas de aceite, desde las alturas del tamarindo, narraba la función de tal manera que el sonido se extendía por toda la manzana. El vecindario ya sabía la hora, se mantenían atentos a la próxima función de la creatividad. Paco continuaba narrando:

—Para finalizar, la niña de los cabellos de oro dará un salto doble, avanzará al centro en equilibrio de dos pasos por uno.

¡Mole! Todos se lanzaron demasiado tarde, al ver cómo se derribaba hasta azotar en el suelo duro entre uno que otro espino de raíces sedientas. De los pulmones de

Gloria salieron gritos de desesperación. En cuestión de segundos le brotaron chipotes del tamaño de un limón, los brazos le tronaban y de sus pies pelones empezaron a brotar hilos de sangre. Todos impresionados la levantaron para lavarle los pies, frotar su cabeza; la llevaron a la esquina del corral, lo más lejos de la casa de Paco, para que nadie se diera cuenta y terminaran por clausurarles el circo. El silencio requerido en tal caso no era posible. Callar los gritos de la bella de los hilos de oro era como tratar de detener el viento en el desierto. Gloria lloraba a gritos, con mayor fuerza. Culpaba a todos de lo ocurrido. Los más pequeños, con los cabellos crispados y los rostros pálidos, dejaban ver el miedo en sus ojos saltones; esperaban el momento de echarse a correr para no recibir el regaño o los varejonazos de algún adulto.

No fue necesario huir. Gloria se incorporó y apenas pudo empezó a correr con su voz quejumbrosa y amenzante:

—¡Le voy a decir a mi mamá que me pegaron ahí donde estaba sentadita!

Se quedaron asustados. Algunos, los más cobardes, se retiraron lentamente hasta donde ya nadie los veía para correr a sus casas.

Después de unos minutos, con pocos actores:

—¡La función debe continuar! —dijo el narrador desde su altavoz. Y los niños del trapecio se cruzaban de rama en rama, imaginándose en las alturas con sus manos cubiertas de cal. Las ramas del viejo capulín de la casa de Paco crujían adoloridas, mientras los circenses imaginarios realizaban sus nuevos actos apenas escuchados la noche anterior en el circo de la plaza, haciendo caso omiso a las amenazas de Gloria.

En el barrio de las alambradas hasta para jugar había que tener valor y decisión. No era suficiente ser creativos. Había que saber escapar de la casa mientras la madre o los hermanos andaban por ahí busca y busca; había que olvidarse del mandado: cuando se recordaba las monedas ya se habían perdido entre brincos y maromas. No había escape, se trataba de distraerse y recibir una surra. El derecho a jugar lo imponían los niños de la barriada por su propia voluntad, así les costara sus buenos azotes; luego, al día siguiente, tratarían de esconder las marcas de los adultos embrutecidos.

Los adultos tenían hijos al por mayor. Se trataba de aligerar el trabajo y llevar más centavos a la casa. Los derechos establecidos sólo eran privilegio de los adultos. Los pequeños eran educados para obedecer, cuidar a los hermanos menores y realizar una serie de trabajos que ya tenían asignados desde el nacimiento. Si el hermano pequeño sufría un tropiezo, había que pegarle al niño mayor; si por accidente se le resbalaba un plato, había que jalarle las orejas para que se avivara. Eran seres indefensos en un mundo de adultos, que gozaban, por el hecho de serlo, de privilegios. Los niños aprendían a jugar al papá y a la mamá al tiempo que aprendían a dar maltratos físicos a quienes hacían de sus hijos, jugaban a los borrachitos porque veían a los padres empinar la botella a diario; fumaban hojas secas de los limoneros para imitar a los adultos que se pasaban horas y horas platicando y fumando. Los niños de la barriada jugaban a como diera lugar.



—¿Qué le hicieron a mi Gloria, hijos del demonio? —llegó diciendo a gritos Rosalia, la madre de la equilibrista del aire, mientras la jalaba de un brazo y ésta renqueaba del pie izquierdo sin detener su llanto—. Pero vos tenés la culpa, barraca, quién te manda a jugar con estos coyolones. Ves qué te pasó por desobediente, pa' qué no te quedaste a cuidar el pichi o a lavar el nixtamal en el río.

Gloria lloraba a moco tendido soporlando los jalones que le daba Rosalia en cada arranque de coraje.

—Si yo no quería jugar, menos subirme a la cuerda, pero Lola y Paco me dijeron y me trepé.

—Ve pues, hasta equilibrista te hicieron estos hijos de la chincuya, a ver si son tan buenos para zurcirte el culo, si hasta parecen muñeca percutida, toda abierta.

—Comadre Chalia, no le hable así a la niña, no es forma de reprender a los hijos —intervino la madre de Paco, quien se acercó al huerto turbada por los gritos.

—¡Y vos regordeta, cara de papausa mal lograda, por qué te metes, deberías educar a tu hijo pa' que no ande haciendo estas pericadas!

La madre de Paco, ya enojada, contestó:

—¡Callate! Hija de tu chince malinche. Si no te ha educado el compadre, aquí te voy a dar tu revolcada pa' que aprendas a respetar a la gente y a la casa ajena.

—¡Pues ahora es tiempo de darle sabor al caldo! —sin decir más, las dos mujeres se trenzaron alborotadas de-

jándose rodar por el suelo, sin importar la presencia de los circenses imaginarios. Éstos, por su parte, estaban asustados al ver con qué fuerza y coraje las dos mujeres giraban, enseñando hasta los dobleces del justán.

Ya bien entradas las mujeres en la pelea, los niños, con excepción de Paco y Gloria, que trataban de apartarlas, empezaron a divertirse.

—¡échele, doña Chole!

—¡Dele duro!

—¡látele el calzón, tía Chalia!

—Te apuesto mi trompo que la van a madrear a tu mamá.

Fue cuando Paco se lanzó sobre Miguel dándole dos moquetazos con el puño cerrado. Inmediatamente se le cubrió el rostro de sangre y no había poder alguno que detuviera la bola. Hasta que salió el padre de Paco con el cuero de la yunta azotándolo sobre las dos mujeres, más concentradas en su rabia que en la bola de los chamacos.

—¡Lárguense de mi casa, cabrones! —gritaba Antelmo, repartiendo cuerazos a diestra y siniestra—. Y tú, Chole, te las vas a ver conmigo allá adentro, junto con tu cirquero de mierda.

Fue cuando todos se retiraron y sólo se escucharon los gritos en la casa de Paco.

Ésta era la historia de todos los días en el barrio de la alambrada. Los adultos no soportaban las travesuras de los pequeños y los juegos eran violentos, como la propia vida.

—Papá, ¿qué pasó con el circo imaginario?

—Se hizo tan real y cotidiano, mi pequeño. En el barrio de la pobreza todo puede suceder.

II

Al paso de los días el bullicio nuevamente inundó el patio de Thelma. Acosumbrada a los gritos y juegos interminables, se abanicaba sentada en su rústica mecedora instalada en el corredor de los helechos, mientras cuidaba el primer hervor de los tamales aromáticos.

—¡Atención! ¡Mucha atención! ¡Inicia la función de las maravillas y los sueños hechos realidad! —gritaba Paco desde la rama más alta del árbol.

—¡Con ustedes, el domador de las bestias! Con su chicote en mano someterá a todo animal que se le ponga enfrente.

"Ah, fregado", decía Thelma para sí misma, al tiempo que dejaba escapar una leve sonrisa: "¿Qué? Será el mismo cura del pueblo que viene a lanzar injurias a diestra y siniestra, o será el comandante Rosado, con sus aires de madrina de la judicial federal".

—¡Y sale a la pista el valiente domador! —era el pequeño Pablo, quien con su corta estatura trataba de desenrollar el látigo a pocos pasos de la bestia casi dragón, casi toro. El animal, cubierto con los viejos trapos extralcionados, Thelma, por su parte, contemplaba, un tanto confundida por los recuerdos, cada guiño de sus vestidos, mientras los pies descalzos de los imitadores de la bestia se confundían en su lento caminar.

Pablo era embestido por el animal a más no poder,

mientras el toro-dragón rascaba el suelo, mugía hasta provocar miedo.

—¡Échale sopencol!—decía alguien.

El desconcierto se asomaba en los rostros ante la poca destreza del domador. Fue cuando Thelma decidió abandonar sus recuerdos y empezó a participar en la jugada desde su aposento de perpetua obesidad con tremendos gritos y leperadas:

—¡Ah, carajo, Pablito! Te pareces a mi compadre Chon, sólo se enrolla en la reata, ya no doma ni a su mujer. Pero quién te dijo chipilincio que vos sos bueno pa' eso de la domadera.

Pablito ya no podía con su vida; fue cuando azotó y la función se interrumpió desde la rama del tamarindo donde se encontraba el maestro de ceremonias.

—Una disculpa, señoras y señores, a nuestro domador le ganó el apresuro y se enrolló con su propio látigo.

—¡Ve pues!—decía Thelma—, y ahora qué nos van a presentar estos diablillos imaginativos.

—¡Con ustedes, el equilibrista motorizado!

En dos tablas, simulando manejar una motocicleta, Esdras caminaba en puntillas medio rápido y medio lento, con gran destreza y habilidad.

*

¡Las damas del trapecio!

Ahí van las niñas, colgadas de las ramas casi pegadas a la tierra. Más que trapecistas eran changuitas recién destetadas.

—¡Muchachitas hijas de la más p...!—decía la mujer desde el corredor—, se van a romper la crisma y todo lo demás.

*

*

¡Los elefantes dormilones!

Juan, Salomé y Cristóbal, regordetes y sucios de una semana sin bañarse, levantaban los pies convertidos en patas grises por la tierra acumulada, a un ritmo acompañado que a todos hacía reír. Las latas-tambor sonaban más fuerte y los niños-elefante provocaban carcajadas. Theima no pudo más: entre risas y lágrimas se levantó rumbo al fogón, donde los tamales ya estaban listos para el deleite.

¡El magazo! Sacará del cajón de las ilusiones la alegría de los infelices y cubrirá el cielo raso de espumas para aliviar la rutina de los desiguales.

*

¡El hombre del círculo de fuego!

Fue cuando el papel en tiras prendió lumbre. Adrián, asustado de los pies a la cabeza, saltó y saltó cuantas veces le fue posible, hasta que la rueda se apagó lentamente.

Así llegó la noche de la última función. Pedro corría de un carro a otro, mientras escuchaba la algarabía de la carpa. Ya cansado de tanto ir y venir, se quedó dormido en el tronco del encendido flamboyán, mientras su madre deshojaba los últimos tamales. Era medianoche cuando despertó y pudo ver con tristeza cómo retiraban las banderolas, la música ya no sonaba, los anuncios luminosos se apagaban y volvía el silencio.

De nuevo los hombres del pueblo ayudaban a levantar la carpa. Acomodaron los más mínimos utensilios en largos camiones. Al terminar, el circo empaquetado en las cajas de los tráileres se retiró lentamente con su estruendoso ruido de motores. Nosotros, los diablillos del barrio, bajamos la mirada y fue la nostalgia la forma de despedirnos hasta que se perdieron a lo lejos de la mancha oscura. Quedamos aturridos por el sueño y la soledad provocada en la escena final. Luego nos retiramos como duendes en medio de la noche.

Al llegar a la esquina de la calle principal, un vientecillo levantó la tolvanera, los perros ladraban, el silencio me cubrió de frío mientras el gallo de la vecina exhalaba su primer quiquiriquí.

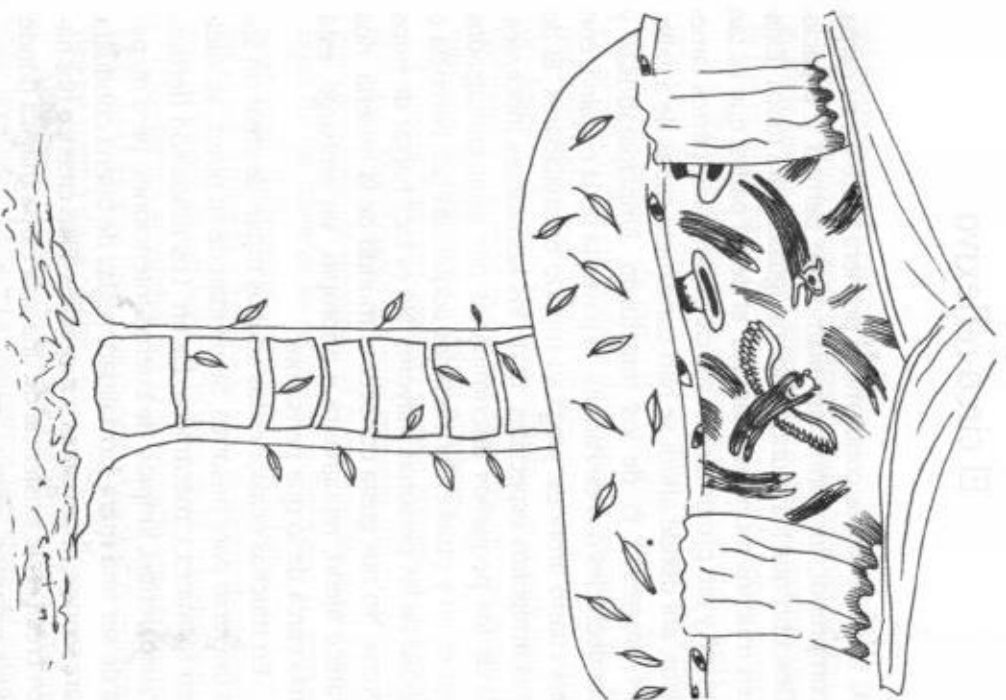
El circo reflexivo

AL TERMINAR PAPÁ DE contarme la primera parte de su carpa, comprendí, los niños cambiamos de tiempo y espacio. Descubrí que los mundos no son iguales para todos. Existen muchos mundos infantiles: el de mi padre, que es tan lejano y tan próximo, con sus calles polvosas, perros famélicos, ahí donde ahora se han construido capas de asfalto, "el progreso". El de los traga fuego, limpiaparabrisas y vendehielos o el de Paquita, la payasita de la esquina, con sus cuatro limones; juega su mundo en malabares. El de mis amiguitos especiales. El de los lustradores inocentes. El de los pequeños discriminados por estar contagiados por el VIH y otras enfermedades adquiridas por herencia o abuso de las personas mayores. No es fácil hablar de estos circos. No nos gusta conocer el mundo de la miseria, nos parece ajeno, repugnante e impropio, sin embargo, está más cerca de lo que pensamos.

En muchas ocasiones los adultos tratan de crear un solo universo para nosotros. Se olvidan de su niñez, se vuelven formales y mecánicos. Dicen: Los niños son tiernos, transparentes, limpios, de buenas intenciones, pero no pasa de ser una mera formalidad, reglas de buena conducta para sentirse importantes y superiores. Ellos creen, o nos hacen creer, en la existencia de una sola carpa mágica donde todos jugamos, reímos, saltamos y hacemos travesuras. Eso es mientras somos niños, después nos enseñarán a ser indiferentes, a fingir conductas sociales y apropiarnos

de la buena conducta de las personas honorables. Los adultos mienten. Ellos dicen: Son mentiras piadosas dirigidas a moldear el buen carácter de nuestros pequeños. Si, les pertenecemos y por tanto estamos obligados a soportar sus imposiciones. Para nosotros no existen mentiras pequeñas ni grandes, sólo mentiras.

Anoche amplíé mi universo de carpas infantiles. Supe de la existencia de otros mundos: el de Chanito, el ropavejero; con su silbato de todas las tardes, camina de cuadra en cuadra hasta entrada la noche entre el miedo y la ruina de su juego, donde inventa lo necesario para satisfacer la embriaguez de un adulto explorador. La carpa de los niños habitantes del puente de las tinieblas, alucinados entre gigantes, ángeles lejanos y ausentes, dragones que vienen a salvar un minuto de su hambrienta existencia. La de Macaria entre montículos de basura, olores fétidos y una muñeca extraída de lo más profundo: ciega, coja y manca, con pelos grasientos, queriendo gritar su deseo de derretirse en el fuego infernal de los olvidados. El mundo de Juanito, postrado en una silla de ruedas en el cruce de las esquinas. En la misma esquina de siempre. Paciente ante la indiferencia de los transeúntes, a sol y sombra para pedir limosnas en nombre de Dios. Supe además de la existencia de carpas frías, incomunicadas, hechas para formar a los hombres del mañana. Son como cajas de cristal donde se puede ver sólo lo conveniente, ni más ni menos. De lo contrario se les pierde el respeto desde niños, para luego convertirse en títeres del monón. Para ellos lo importante es jugar a ser titiriteros desde el principio. Después construyen sus propias carpas imaginarias y las imponen a los más débiles. Aprendí, entonces, que los mundos del circo de



la vida no son iguales para todos: unos ven desde arriba y otros desde abajo.

Me aterra saber que las carpas cambian con el tiempo, los niños de ayer y los de hoy no somos los mismos. Ayer los circenses cotidianos inventaban sus propios juegos, el circo sólo era un referente, un símbolo para echar a andar su imaginación. Además a todo le daban forma, significado, era cuestión de soñar con la realidad o hacer de la realidad un sueño.

Mi padre era de los circenses imaginarios. Él guardó los detalles para después contarme y contarle a usted la historia, su historia. Los años sesenta en el barrio donde los perros correatean al paso de carretas chillonas cargadas de maíz. Ladraban desesperados, flacos y escurridizos, por un pedazo de sobra para engañar su hambre, como la sed y el cansancio de su dueño, que somnoliento cabeceaba al tiempo que arreaba la yunta por el camino de la miseria.

Tiempo cercano y a la vez tan distante. Han transcurrido treinta años. Parece una eternidad. Mi abuelo decía que la vida de mi padre poco se diferenciaba de la suya, pues de niños, ambos jugaron trompos, canicas, valeros, papalotes, yoyos... Pero todo se vino de golpe, hasta no saber de los mundos vividos: el pasado y el presente, contradicciones de una transición sin respiro, sin oportunidad de recoger los recuerdos en el baul de madera o en la petaca tejida de palma, con la cual la abuela iba a comprar historias al viejo mercado, para luego, en las tardes de frío, reinventar personajes, seguir con los cuentos de nunca acabar hasta formar penumbras en medio del silencio y el sueño.

Así, nos llegó este universo tan complicado para los hombres que somos. Tan simple y frío para nosotros, los de

ahora. Todo ha sido tan rápido. Ahora existen muchas carpas. No son imaginarias. Para formar parte de ellas se requiere ser autómatas, no hacer preguntas, decir sí sin saber a qué y, sobre todo, guardar silencio. El silencio es oro para los corruptos, para la mafia, para los pedófilos, para los aplaudidores del arlequín en turno, para los intelectuales amordazados.

Hoy el circo ha cobrado múltiples expresiones y la pista de los payasos y acróbatas del tiempo es sólo un referente significante en el escenario de la vida.

En mi universo infantil, el escenario luminoso ha adquirido muchos significados. Se necesita el mínimo esfuerzo para cambiar de rostros. Quiero decir: de máscaras. Y los vemos en todas partes: en las calles, en las oficinas públicas, en las iglesias, en las universidades. Juegan roles tan diversos y contradictorios: son redentores, autoritarios, liberales, puritanos, populistas, extrovertidos, banqueros y ladrones de cuello blanco, pordioseros y simuladores de pobreza, sacrosantos y demonios a la vez.

Esta es la nueva carpa imaginaria. Todos se levantan sobre el trapecio cuidando no caer al vacío, donde nadie hará el menor esfuerzo por sacarlos. Al contrario, todos intentarán arrojar en la primera oportunidad al que llevan adelante. Esta es la carpa de la competencia, de la deshumanización y de los modernos cerebros maquiavélicos.

*

—¿Sabes, Carlitos? Estoy cansado de los juegos electrónicos, entretenimiento para no fastidiar a papá y mamá. Ellos andan muy ocupados en el trabajo y en la rutina de todos los días, por eso he decidido convertir las vías de mi pequeño tren en el redondel de mi imaginación. A partir de aquí les daré vida a mis personajes, pretendo que sean diferentes a los juegos convencionales de la época. No descansaré hasta despertar por completo la curiosidad que hay en mí. Luego mi imaginación crecerá como un papalote. Llegará tan alto como pueda.

"Mi profesor de técnicas dice que debo jugar con tecnología de punta. El pasado ya no interesa, ya no existe, lo que importa es estar actualizados, listos para competir. Yo sigo pensando en la necesidad de echar andar la imaginación y construir juegos productos de mi tiempo y realidad, no de las ocurrencias malsanas de algún adulto que vende sus proyectos infantiles a los magnates de los medios satelitales. He decidido crear mi propia empresa de ilusiones.

"Cuánto ha transcurrido en cuarenta y dos años de distancia. Sin embargo, nadie puede negar mi presencia en la imaginación de esos años; quizá era un átomo, un gen en el cuerpo de aquel travieso que hoy es mi padre, pero en mis ilusiones de niño bullen los inolvidables minutos de las mañanas y tardes calurosas del huerto de los tamarrindos. No importan las circunstancias de su presencia

después de cuatro décadas. Si sólo tengo seis años de edad. Ya sé, se debe a ese duendecillo incansable y a las tardes en que él me platica su historia.

"Los adultos piensan que los juegos son temporales como las cosas, los animales, las plantas que duran un tiempo y luego ya no existen, todo es cuestión de crecer. Basta que se atrevan a revivir sus propios juegos para avivar en las mentes de nosotros, los niños, imágenes extraordinarias para llevarlos de regreso a la carpa de la ilusión. Lo importante está en atreverse a no dejar de ser niños, romper la inercia de estos años para inspirar la creatividad infantil o al menos hacernos reflexivos ante tanta soledad.

"Para qué tantos juguetes chatarras, tanta inducción de pensamiento, si lo importante es jugar para ser felices.

"Sabes, Carlitos, mi padre me ha hablado tanto del circo imaginario, ese que inventaban todos los días después de escuchar por las noches la función del circo real. Sus amiguitos eran creativos. Lo cierto es que no tenían juguetes como nosotros y esto les permitía crear sus propios juegos, hacer de la vida diaria un espejo muy grande para imitar a los adultos. Yo también tengo mi propia carpa. A estos carritos eléctricos les quitamos las pilas y los transformamos en casas rodantes. Si se dificulta, los desarmamos y tenemos más cosas para la carpa; pero necesitamos de la presencia del duendecillo, él nos dirá si los convertimos en objetos voladores o los hacemos hablar para ponerle risa y sabor a la jugada. Sólo debemos cuidarnos de no ser descubiertos por una persona mayor, de mal talante, que nos señale como destructores porque rompemos los juguetes convencionales.

"A las vías de la pequeña máquina de vapor, las convertiremos en corraletas para formar una pista muy gran-

de, tan grande como la distancia de mi cama al cajón de los zapatos. A estos muñecos enanos los transformamos. Ya no serán soldados, serán trapevistas, acróbatas y equilibristas. Serán lo que quieran ser, menos soldados. A mí no me gusta ser soldado. ¿Y a ti, Carlitos? Bueno, los adultos no siempre nos permiten elegir. Si prendes el televisor, aparecen uniformados lanzando misiles a los niños desamparados. Éstos tratan de defenderse de tal brutalidad. Recuerdas a la niña de Bagdad, aquella que perdió los brazos: una bomba le arrebató la claridad. En la pantalla apareció una cintilla que decía: "No permita a los niños ver las siguientes tomas". Ingenuidad más grande nunca había presenciado. Se asustan del propio universo construido para nosotros. Cada mañana al salir a la calle para ir a la escuela, el vendedor de periódicos exhibe las fotografías más atroces y es la nota roja su lenguaje favorito. Pobres adultos, se asustan de la guerra de verdad cuando a diario nos llenan de personajes violentos en los juguetes, en las caricaturas, en el cine, en los videojuegos y en los programas de la televisión donde tienen más relevancia los asaltos y los crímenes. No sé si estamos preparados para enfrentar el presente como ellos, pero estoy seguro de la cara hipócrita que ponen al descubrir el escenario heredado para sus pequeños hijos —los más frágiles, los más vulnerables— ante la crudeza del monstruo de mil cabezas a quien han permitido crecer con sus aplausos y complacencias. Si abres la pantalla del computador, desfilan los guerreros; si vas al mercado con mamá, te encuentras a los patrulleros como perros sabuesos en cada esquina. No me agradan. Se creen perfectos y piden dinero para dejar pasar los errores, o se uniforman para encubrir a sus amigos los delincuentes.

Utilizan la mano dura para los débiles y toda muestra de favores para los perversos que casi siempre ocupan puestos públicos. ¿Recuerdas al papá de Paquito? ¿Recuerdas la noche en que despertamos asustados con los golpes y patadas que se escuchaban desde su casa? Pude ver cómo sacaban a empujones a sus padres. La mañana siguiente mi padre me dijo que fue el gobierno, por subversivos. Yo no entiendo esas cosas; pero desde ahí, desde esa ventana, puedo ver el lado opuesto y sucio de los soldaditos sin uniforme. En la esquina vive el talabosques más conocido y a él no lo llevan esposado a la cárcel como a los papás de mi amigo. Al contrario, está rodeado de seguridad y hasta señor secretario le dicen. No existe diferencia entre los soldados de carne y hueso y los luchadores que aparecen en las maquinitas de la tienda de la esquina; los puedes manipular desde las palancas.

"En fin, haremos enanos de los soldados, o payasos y hasta fanatismas, pero menos soldados.

"Así el pequeño Sebastián tejía sus ideas muy cerca de otra realidad, quizá más cruda que la anterior: la infancia de su padre. La actual está cargada de soledad, de encierro, donde los adultos andan de prisa, sólo piensan en cómo ganar dinero, cómo estirar el gasto para terminar más o menos bien la quincena. Apurados de todo y de nada, más bien estresados, neuróticos y esquizofrénicos.

"Carlitos, nuestro circo también es interesante: con muchos personajes, aparatos, vehículos y animales movidos por energías invisibles. Nuestros personajes son muy conocidos: Milki, Tomi, Escubidú, y otros que son muy violentos: Begueta, Yuguí Oh, entre otros. Pero no tienen vida propia, alguien desde un escritorio los ha inventado

para saturar el mercado. A los niños nos han quitado la imaginación, la ilusión. Pero no podrán matarnos la alegría si tú y yo, Carlitos, aprendemos a inventar las reglas del juego.

"Al pequeño ratoncito lo convertiremos en presidente, pero no un presidente mentiroso. Al pequeño Tomi y al perrito, los dejaremos como son.

"A mí me gusta tener amigos inteligentes, como tú, que nunca hablas.

"A los personajes violentos les aplastaremos los cabe-llos para que se vean más o menos decentes; aunque eso de la apariencia decente es cosa de adultos compli-cados. Les preguntaremos por qué luchan en contra del mundo. Sabes, ¿amiguito?, es posible que nunca hayan platicado con nadie, no tienen papá ni mamá, han so-brevido a su miseria y por eso son así. ¿Cómo así? Así como se presentaban en la televisión, con sus fusiles, rayos láser, espadas, metralletas... ¡Qué tonto soy! Me olvida-ba de la falsedad de su creación. Detrás de ellos existen personas ambiciosas a quienes sólo les interesa vender; no les importamos los niños, nos roban la inocencia y la tranquilidad, se introduce en todos los rincones de las casas y desde ahí escupen su veneno de enajenación. ¿Alguien prepara un mundo de violencia? ¿Seremos no-sotros la generación de la violencia?

"Este circo no es suficiente para satisfacer mis ganas de divertirme, por eso tú y yo hablamos de todo y de na-da. Prendemos el televisor, para divertirnos un poco con los personajes tontos. Al apagar el monitor me siento tan solo como tú, Carlitos, que sólo me miras fijamente con tu cuerpo de peluche en ese rincón del armario. Es ahí donde descubro la falacia de mis juegos. Mis pequeños

amigos están muertos, son de nylon o peluche. Alguien los inventó para el mercado de los niños. Mi carpa es entretenida, pero es de desecho, como los globos inflables o los tenis coreanos. Aquí donde me tocó jugar poco cabe la imaginación, la inventaron personas mayores, quizá con fines malsanos. Cada niño tiene su propio circo. En casa se juega con muñecos de plástico, pero ellos no ha-blan, no corren, no inventan y no sueñan. Qué lejos esta-mos del circo imaginario donde mi papá tocaba el tambor con sus latas de conservas. Yo me pregunto si se puede jugar a solas en un mundo inventado por los adultos. El juego es de dos o de más, es platicar, reír, correr, tropezar y llorar, hacer amiguitos. Bueno, eso creo, pero los hom-bres y las mujeres de hoy no lo ven así. Nos prohíben jugar a la pelota porque se rompen los cristales. Son más importante para ellos sus adornos, la decoración. Cuando corremos por la casa nos encierran con la televisión, luego se quejan de que no practicamos la lectura o las "buenas costumbres de los niños decentes". Quién los entiende. En la Navidad o Reyes acuden a las grandes tiendas a com-petir con los demás papás en la guerra del juguete más caro, el que está de moda, la muñeca o el robot de los comerciales. Para ellos lo importante es no quedarse atrás. Después viene la falta de dinero, el pago de las deud-as y no sé cuántos gastos más. Para entonces, el juguete novedoso ya no sirve. Este es mi circo, el circo del pre-sente. ¡Cuánto cambiamos de una generación a otra!

"A mí me gusta salir a las calles, encontrarme con otros niños como yo, dispuestos a crear en el mundo de la ima-ginación. Descubrir que los parques tienen vida propia. Los campos de fútbol son tan amplios para dar cabida a todos detrás de un balón. Introducirme a la red y formar

hilos de comunicación infantil. Jugar videojuegos donde podamos inventar a nuestros personajes lejos de la violencia. Pero es mucho pedir. Los parques están saturados de desesperados, quienes rascan su propia rabia. Los campos deportivos son un negocio de pocos y afición de todos. El mundo cibernético está manejado por grandes compañías. Pero la imaginación de los niños puede superar la ambición de los gigantes, arrebatarles el control universal para que triunfe el hombre sobre la bestia.

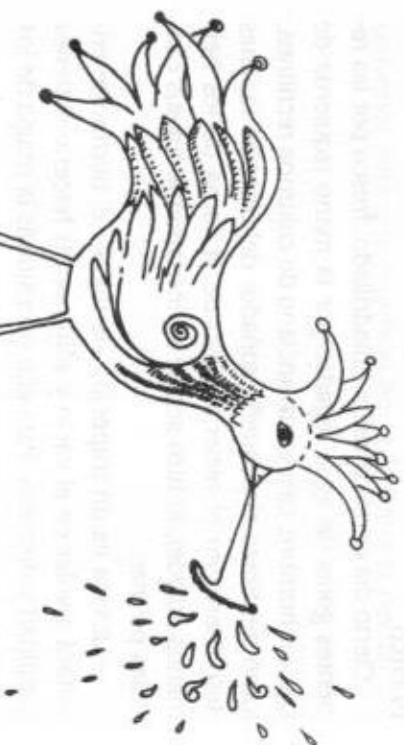
El trapecio de la polimania

—Y A TODO ESTO, PAPÁ, tú no me has dicho cómo ha sido tu circo.

Cierto día en el corredor enladrillado, fresco por las recientes gotas de agua regadas por la mano izquierda de Luz, un hombre, casi ya un anciano de columna rectilínea, tomó del brazo al pequeño soñador del trapecio (apenas descubierto en el reciente paso de la carpa de los hermanos Alayde), lo hizo sentar cariñosamente en sus cansadas piernas.

—La vida es un trapecio —le dijo—, el tiempo te enseñará a volar en el vacío y sólo podrás hacerlo si tienes habilidad y destreza. Para ello necesitarás la magia de los adivinos para adelantarte al presente, planear los lances más allá de la capacidad física, donde sólo un duendecillo puede dirigir la precisión de tus movimientos. Sólo lo lograrás si tienes la humildad de las aves que no requieren de plumajes extravagantes para llegar a las nubes.

Desde ese día Aurelio, a sus escasos seis años de edad, supo que la carpa era más que un toldo de multicolores formas, algo más que los animales enjaulados, payasos, bailarinas, piruetas en el aire y enanos. Empezó a observar los detalles de la vida. Pasaba hora tras hora dando movimiento a las imágenes fotográficas colgadas de resistentes clavos con paspartús de colores opacos, en esa galería rural de la casa grande, con sus paredes blancas y una que otra entredadera de aromáticos jazmines.



En cada cuadro encontraba una historia que contarse a sí mismo. Veía algo más que simples escenas familiares: rostros erosionados por el tiempo, alegrías pasajeras esforzándose por ocultar la miseria. Descubría a ciertos hombres mitificados: Hidalgo, Juárez, Zapata, Cárdenas, y se espantaba de tanta bondad, algo muy adentro le causaba ruido, le decía de la imposibilidad de tanto heroísmo y pobreza. Ahí, en el barrio de la carpa imaginaria, no todos tenían memoria de fiestas familiares, de los encuentros políticos: espacio para los héroes, una colección de ex presidentes revolucionarios, que inspiraban a su padre a contar los minutos y los días antes de iniciar la nueva campaña electoral, desde su viejo escritorio, donde todas las tardes jugaba a la democracia presidencialista: otorgaba credenciales de su partido gobiernista, entre escudos tricolores y un archivo cargado de promesas para los campesinos que no perdían la esperanza de ser dueños, algún día, de la tierra.

Se extraviaba en la vieja mecedora de las doce del día, observando las delicias del poder, muy cerca de un pueblo acostumbrado a lo mismo, sin más ilusión que esperar la nueva fotografía cargada de promesas y el simulacro de la copiosa votación por un taco de barbacoa y un sombrero de palma.

Ese fue el comienzo del circo del pequeño Aurelio, rodeado de tinglados oscuros, uno que otro arlequín hecho realidad, sin más explicación que la vida misma y eso que llaman destino: donde tú no eliges donde quieres vivir y estar, simplemente naces.

*

Así son las carpas de la vida, cargadas de imágenes con juegos distintos.

El circo de Aurelio tenía muchas complicaciones de trapecio en trapecio, lleno de pasajes y escenarios no deseados, hechos realidad ante las circunstancias no previstas.

Somos, casi siempre, lo que nos toca vivir; lo importante es vivir intensamente, si el vivir permite imaginar y darle colorido al presente. Pero no todas las pistas del circo son iguales, depende del asta central, si es resistente a los fuertes vientos, si las cuñas han penetrado la dureza del suelo y si el maestro de ceremonias conoce la naturaleza de sus ejecutantes. Este señor, o señora, debe saber muy bien lo que hacen los demás, nadie es buen maestro si no predica con el ejemplo.

Aurelio caminaba de circo en circo, sólo lo acompañaba ese duendecillo llamado imaginación, y con él, hasta hoy, le basta y sobra para transformar el mundo. Él también formó parte del circo imaginario, aunque era tímido y más bien participaba como espectador al lado de su hermano, el equilibrista de las ramas. Le gustaba la autenticidad de la carpa, y más aún el empeño de ser niños alegres en un mundo de adultos intolerantes. Pero había nacido para soñar más allá del trapecio. A pesar de no encontrar resonancia y caminar solo, desde temprana edad Aurelio supo construir su rutina, su propio

repertorio, siempre con esa rebeldía e inconformidad de quien cree ver más allá de la tierra que pisa.

Serían indescritibles en estas páginas los sucesos y aventuras de un arlequín apresurado, lleno de intentos por comerse el mundo en un salto de tierra al cielo.

Hoy te contaré la historia de la carpa más espectacular, mágica e ilusoria de un caminante sin fin.

*

¡Bienvenidos a la carpa de la polimania! Esta noche nos ofrece a los payasos más payasos de la región: con ellos vamos a soñar despiertos, conoceremos el universo de las mentiras hechas verdad, así como al payaso más payaso, líder del pueblo de los enanos.

—¡Con ustedes, la payaserial!

—¡Gracias. Muchas gracias, querido pueblo, digo, querido público! Se llena de emoción mi corazón con tanto cariño que me tienen. ¡Cómo me quiere mi pueblo. Digo, mi público!

—Dime, Payasón, por qué levantas las manos con esa altivez de avestruz mal alimentado. ¿No te parece que exageras? Para dirigirte a un público tan bonito como éste no necesitas dar la impresión de que llevas pretendido un supositorio. Les hablas con sencillez, les dices dos o tres verdades y...

—Te equivocas, Saltarín, la buena política se hace con presencia, con la cara levantada, los ojos bien fijos, las manos enérgicas y el pecho erguido.

—Ve pues éste, en qué mundo vive. En dónde quedalo humano.

—Te equivocas Saltarín, hoy por hoy los hombres del poder debemos saludar con firmeza. Si es al político mayor, con la mayor cortesía y displicencia. Tu boca debe llenarse de halagos y los aplausos debes ejecutarlos de frente, con las manos bien levantadas, para que éste te

vea y te incluya entre sus elegidos. Si tu saludo es para un político menor, espera que extienda su mano, y tú, con un aire de soberbia—inventada al principio, y ya después cuando te lo creas la tendrás a flor de piel—salúdalo con rapidez e ignora su complacencia, sin darle tiempo e importancia a sus palabras. Si tienes que saludar al pueblo, hazlo con las manos levantadas, con la mejor sonrisa; nunca directamente. Si tienes que saludar al mendigo, al anciano, al campesino y al obrero, será previa preparación, para eso sirve la logística de avanzada.

—¡Ah, chingaos! Y todo eso para que nos jodan más. Por eso están las cosas como están. ¿Y los jodidos, qué? ¿Sólo servimos para aplaudir a los ilusionistas del poder?

—Ese es el chiste, pequeño Saltarín. Un circo sin público no es un circo. Si tienes que caminar, haz que el tacón de tus zapatos marque el ritmo de tus emociones: tas, tas, tas. Nunca camines apoyado de las puntas, no cabe en el código machista de los buenos políticos. Cuida que tus manos se muevan con donaire y no hagas caso a la menor comeción de tus partes nobles.

—¡Ay, Payasón! De plano que la riegas. ¿Y todo eso para qué? Al final son puras mentiras. Ahora hasta sacrificados me resultaron. A mí no me gustan esas cosas, a mí me come, me lo rasco; camino placenteramente, a nadie quiero caerle bien.

—Esa es tu desgracia y tu gran verdad. Nosotros los políticos tenemos que cuidar la forma en todo momento.

—Para qué, si ustedes no tienen forma ni fondo. Siempre se la pasan imitando. Si el político mayor es borracho, son bien pipas; si el nuevo político mayor habla mal de su antecesor, a ustedes se les hace bola la lengua en ayudarlo a despedazar al muerto; si a éste se le hace agua la canoa, ustedes están prestos. Y si se

refferen al fondo, no tienen, son barril sin fondo, no se llenan con nada.

—Por desgracia es así, siempre ha sido así. Es parte de las delicias del poder. Pero no todos piensan como tú.

—Si es así, por qué nosotros, Juan Pueblo, tenemos que pagar los platos rotos, sus lujos y sus mamperías.

—¡Ese es el precio del poder!

—Sí, cómo no, a otro perro con ese hueso. Yo los conozco muy bien, hay de chile, de atole y de manteca. Hay para todos los gustos. Más bien, hay para cada pe...rico que se deja atolondrar por las palabras, las promesas, los regalitos y las tortas. Cuando ya ganaron se clavan los impuestos y si les sobra embarran las tortillas y se las dan a los gatos. Claro, estos no son gatos comunes, piensan en los periódicos, escriben libros, forman sus gremios, sus camarillas, y ahí están en el estira y afloja.

—Te equivococas, Saltarín, el pueblo es eso: aplausos, fiestas y comilonas. Se conforman con una palmiada. Qué importa lo que viene, hay que comer hasta morir, mañana será otro día. En pocas palabras, las masas no tienen memoria. A las multitudes les gusta la forma, las palabras mesiánicas, los hombres arrevidos y hasta las mentiras. Tú háblales y te escuchan, aunque no entiendan lo que dices. Repite las mentiras hasta el cansancio, entre más sean, mayor posibilidad tienen de ser aceptadas como verdad. Después de todo, los demás también son payasos de este circo.

—Es posible, pero son arlequines privados de la capacidad de decidir, llevados de la mano hacia las verdimias del poder.

—En fin, Saltarín, no te voy a convencer, eres de cuero duro y tú sólo sirves para medir el tiempo de la borregada.

—¡Sáquenlos! —empezó a gritar el público enfurecido. —Éstos sólo tienen la facha de payasos, dicen puras burradas que no hacen reír.

—¡Sáquenlos! ¡Sáquenlos!

Los vasos y las botellas volaban al centro de la pista. El público de pie gritaba más fuerte. En la galería tronaban las tablas. Por un momento todo era un caos.

—¡Sáquenlos!

—¡Chin chin, que se vayan!

—Ya ves, Saltarín, —dijo Payasón—, al público sólo le gusta reír por reír, no le importa lo que pasará mañana. Así somos los habitantes del país de las maravillas. Dime si no me asiste la razón.

—Será por ahora —dijo Saltarín, con el semblante triste.

—La esperanza muere al último.

*

—Papá, ¿por qué rechazan las verdades dichas por Saltarin?

—Porque al público del circo de la vida, a las grandes masas del país de las maravillas, casi siempre le gusta reír para olvidar su realidad. Por eso los payasos de la verdad no gustan a nadie, excepto a los locos como ellos.

—Entonces estas personas viven en el circo de las mentiras.

—Digamos que sí.

—Dime qué es la verdad.

—En un país de miserias ancestrales como el nuestro, donde se engañan unos a otros, es difícil encontrar la certeza de que alguien la posea. Por eso los payasos del circo de la reflexión y el compromiso están desahuciados por ahora. El escenario de las comparas cotidianas es para los de doble propósito: los que se rien de los dientes para afuera con un cinismo del tamaño del mar y luego dicen buscar la igualdad social, el bienestar de las familias.

Aurelio, en su mundo ilusorio, descubrió que a pesar de los escenarios caóticos existía su verdad: en cada rostro de los barrios olvidados, donde el consuelo es soñar con hambre para despertar hambrientos. En el ejército de desempleados con títulos colgados en la espalda para no ser quemados por el sol de la desgracia. En el que vende chiches, frituras y aguas frescas para mitigar la sed de sus

polluelos. En el limpiaparabrisas que se ve en el espejo y cada segundo pretende negar su realidad. En los bolsillos vacíos de los abuelos que trabajaron una eternidad para vivir el presente con las manos vacías. En la voz de la experiencia con los rostros que llevan surcos de resignación. En las costumbres de los pueblos, testigos vivientes de la farsa y la rapina. En los techos de nylon donde el frío ha dejado de penetrar porque los moradores se hicieron inmunes. En los hospitales repletos de enfermos, cobijados por la muerte cercana. En los pequeños cuerpos desnutridos, inocentes de la fatalidad futura. En las escuelas repletas de analfabetas que juegan a engañarse, mientras el gobierno aplaude las cifras. En la burocracia, ama y señora de la pereza automatizada. En los parques donde se olvida la tristeza y se mitiga el dolor en los brazos de Eros. En la voz de los borrachos sin voz, que a tarrajes reniegan de su existencia. En la piel celulítica de las prostitutas cansadas de vivir sin dignidad. En las nalgas de los homosexuales, ángeles negados en un mundo de lobos. En las arañas de casa que estiran la cebolla, el tomate y el perejil. En las calles llenas de baches donde no transitan los príncipes. En la chequera del banquero que no conoce las manos del obrero. En el diezmo de los templos que alimentan no con leche precisamente a infantes. En la usura del Drácula, dispuesto a chupar con tarjetas de crédito las gotas del iluso clasedemedio. Entre los funcionarios públicos ladrones de cuello blanco. En los basureros donde los niños rascan la miseria de las ciudades. Ahí está su verdad, sólo es cosa de verla detenidamente y pensar. Se puede sentir, oler y hasta pre-sentir, es cosa de sentido común y no dejarse arrastrar por la corriente del conformismo, de la complicidad, del

engaño, de la corrupción, de la mercadotecnia. Aurelio, con su bombín de mago de las realidades, nos invita a escudriñarlas. Cuando las encuentres, hijo mío, tú sabrás si me juzgas.

—¡Y con ustedes, los payasos de la señora Democracia!

—¡Hoy es nuestro momento! Por fin ha llegado la justicia a nuestras manos. Sacaremos a patadas a los dictadores, a esos bandidos del poder.

Plas, plas, plas, sonaban las largas botas del arlequín mayor.

—Ya estamos hartos de los mismos ladrones, de las mismas promesas. Yo les daré todo lo negado por otros.

—¡Callate, Bigotes! Luego no les cumples y serás uno más del montón.

—Olvidate, chiquillo, de eso se trata. Véndeles nuevas ilusiones. Diles que eres mejor y que tienes las manos limpias; después, tiempo de sobra tendrás para manchar-te hasta el cogore.

—Pero no es justo engañar al pueblo de tal forma.

—¡Ay, mi pequeño! Cuánto te hace falta vivir. Ninguna forma de engaño es justa. Pero a las masas no les importa la verdad y el futuro. Ellos y ellas viven de las ilusiones del presente, de la algarabía y las pasiones desenfrenadas. Si no me crees, fíjate y verás: ¡Vamos a resolver la pobreza en cinco minutos! ¡Todos tendrán un empleo digno! ¡No habrá familia alguna que no tenga pan para llevarse a la boca! ¡La ley será igual para todos! ¡Yo les daré casa, comida y sustento!

Alguien desde el público gritó repetidas veces:
—¡Ese es mi gallo! ¡Ese es mi gallo!

—Te lo dije, chiquillo, tú sólo háblales, ofréceles y si-
gueles hablando, al final todos caminarán por el mismo
redil. Cuando despierten, ya estaremos en el poder.

—No, Bigotes, las masas, como llamas a los más jodi-
dos de esta gran carpa del país de las maravillas, están
despertando poco a poco de ese letargo donde han per-
manecido en espera de los milagros del trapecio. Mila-
gro donde el domador se luce con su látigo y en el que
sin pensar se enrolla lentamente, hasta llegar al cuello y
sacar la lengua.

Ahí, donde los malabaristas y los contorsionistas in-
ventan el poder mientras a los globos se los lleva el vien-
to y las cajas de las chisteras se rompen, surgirá el nuevo
hombre. Ahí, donde el tigre un día se cansará de ser azo-
tado para saltar el círculo de fuego, se dará la vuelta y
morderá salvajemente a su presa. Nacerá el respeto y el
domador se dejará acariciar por la fiera, quien lo tratará
con dignidad. El payaso reirá cuando deje de ser bobo y
enseñe a pensar a los niños. Los elefantes y la jirafas
bailarán el ritmo de la vida debajo de los árboles y todos
inventaremos un nuevo circo, porque éste se ha colma-
do de mentiras con la magia ilusa del conejo blanco que
al salir del bombín se mancha las patas.

*

Esa es la infancia de Aurelio, a ti te toca descifrar los per-
sonajes y las circunstancias. Una tarde de éstas me ani-
maré a contarte la historia de los enanos, para entonces
les pondremos nombre y cascabel. Por hoy habrás dis-
tinguido que en el circo de los humanos no son tan be-
llas las historias como en la carpa imaginaria.

La carpa imaginaria
se terminó de imprimir

en mayo de 2010 en Multigráfica,
en la ciudad de Tuxtla Gutiérrez, Chiapas.

Los interiores se tiraron sobre papel cultural de 45 kg
y la portada sobre cartulina couché de 169 kg.

En su composición tipográfica se utilizó la familia
ITC Usherwood. Se imprimieron 1000 ejemplares.

La edición estuvo a cargo de la Dirección
de Publicaciones del CONECUA.

Corrección de estilo/Liliana Velásquez Gómez • Mario Alberto Bautista.
Diseño y formación electrónica/Mónica Trujillo Ley • Claudia Esquina.

OTROS TÍTULOS DE LA SERIE CONFLUENCIA

✿
Samsara

Sheyla Preve



Un vendabal de historias y recuerdos

Tiburcio Blanco Pedrero y Eduardo Peregrino Solórzano

✿
Pomax, Sin título, de Ramón Jiménez Cárdenas



Chiapas
GOBIERNO DEL ESTADO

CONFERENCIA



ISBN 9789706972699



COLECCIÓN
HECHOS en PALABRAS